

Discurso de monseñor José Manuel Santos, Obispo de Valdivia, en los funerales de Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux

6 de enero de 1982

Pocos días antes de su muerte, pidió Monseñor Valdés a su hermana Margarita que despachara un cable a monseñor Baggio, prefecto de la Sagrada Congregación para los obispos. Pedía al Cardenal que se dignara transmitir al Papa el deseo de recibir su bendición y le comunicara que había ofrecido su vida a Dios como holocausto por la acción del Papa en favor de la paz y, particularmente, por su ardua tarea de la mediación entre Chile y Argentina.

Todo parece indicar que este ofrecimiento lo hizo con ocasión de su última peregrinación a Lourdes, con motivo del Congreso Eucarístico Internacional, sirviéndose de la intercesión de María para presentar a Dios el sacrificio supremo de que tomara su existencia como víctima de propiciación.

Casi resulta sorprendente, hermanos, este ofrecimiento hecho a los setenta y tres años, después de una vida entera en que no ha hecho otra cosa que ofrecerse a Dios en sus actos, en su tiempo, en sus anhelos, en sus trabajos. Ofrecía, pues, el existir mismo, ese existir que ya estaba en función de Dios, pero que seguiría siendo siempre la muestra suprema del amor: “Nadie ama más”, había dicho Cristo, “que el que da su vida por su amigos”.

Describir esta vida, mirada por fuera y desde afuera, no resulta difícil, pues fue extremadamente sencilla.

Nace en un cristiano y señorial hogar, en 1908. Terminados sus estudios en el Colegio San Ignacio, a los diecinueve años viaja con su familia a Europa, y en ese mismo viaje decide consagrarse a Dios en el sacerdocio. No vuelve a Chile sino que ingresa al Pontificio Colegio Pío Latinoamericano de Roma, para seguir filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana. A los veintidós años su vocación es aún más clara: quiere seguir las huellas y el espíritu de San Francisco de Asís en la pobreza, la mortificación y la donación entera. A la vez quiere que esa donación sea para una parte de Chile, el territorio de la Araucanía. Por eso ingresará al noviciado de Laufen, de la

provincia bávara capuchina, que había tomado el Vicariato de Araucanía, y a los veintiseis años cantará su primera misa en Asís, la fuente espiritual de toda su vida. En esa primera misa predica su tío sacerdote, rector entonces del Seminario de Santiago, y más tarde arzobispo de La Serena, Juan Subercaseaux.

Cuando en 1934 regresa a Chile para trabajar en el Vicariato de la Araucanía, su itinerario es muy simple: cuatro años en el seminario de San José como profesor de filosofía; cuatro años en Boroa, como vicario cooperador; y trece como párroco de Pucón, su gran amor pastoral. No hay rincón de esa extensa parroquia que no sea visitado por su párroco, ni escuela que no haya escuchado sus lecciones de catecismo u hogar que no se hable con cariño del padre Francisco. Todos reciben algo de él, su fe, su enseñanza, hasta la conducción material en sus cooperativas que estimula con cariño y asiste con fidelidad.

A los 48 años fue nombrado obispo de la nueva diócesis de Osorno. Para nadie fue una sorpresa; su fuerza misionera, el incansable celo por las almas y su labor infatigable hacían de él una persona indicada para esa nueva diócesis, conocida por el empuje de su agricultura, la fuerza de su industria, y las iniciativas de su turismo incipiente. En lo espiritual, en cambio, había mucho que hacer; pocos sacerdotes, parroquias escasamente dotadas, falta de movimientos apostólicos fuertes.

Su obra en veinticinco años abisma.

En el campo de la enseñanza, los incrementos en la educación – por el aumento y prestigio de los colegios San Mateo y Santa Marta - así como la multiplicación de las escuelas de alto nivel, han permitido la participación y afianzamiento de la fe a numerosos alumnos.

Habría que agregar la labor de educación extra programática que ha estado desarrollando por largos años radio La Voz de la Costa en circunstancias que no siempre fueron favorables a la causa de la Iglesia Católica.

En su tarea de santificar a los fieles logró elevar la cifra de los sacerdotes diocesanos de cero a dieciocho, cuatro de los cuales proceden de Osorno.

Igualmente logró incorporar a la diócesis a nuevas congregaciones, como la Compañía de Jesús, los hermanos penitentes de Bökel, y las congregaciones femeninas de Santa Marta, Misioneras de Boroa, hermanas del Sagrado Corazón, Hermanas de la Asunción, Hermanas de la Caridad, Hermanas de la Preciosa Sangre y las Carmelitas Descalzas.

A este aporte de personal se agrega la creación de nueve nuevas parroquias y la construcción de treinta y tres templos, entre capillas y templos parroquiales. Sobresale la construcción de la Catedral que por si sola es una muestra del empuje y tenacidad del obispo.

En el gobierno de la diócesis promovió los movimientos apostólicos en una era en que todo parecía desinteresarse y desde la fundación de Amicat, hasta la promoción de los cursillos de

cristiandad y de legión de María, logró poner en marcha la participación del laicado que en toda la zona sur es lento en asumir tareas apostólicas.

En cambio, hermanos, la tarea que resulta difícil y prácticamente imposible, es penetrar en esa fuerza interior y espiritual que generaba esa actividad y eficacia exterior. Reservado, aun con sus más íntimos, escondía en esa fiereza vasco – castellana una riqueza extraordinariamente parca en palabras como fecunda en acciones.

Quienes lo conocíamos admiramos siempre en él su oración. Cuando se le sorprendía – y había que sorprenderlo – irradiaba paz, serenidad, contacto con Dios. Rezaba mucho, de día y de noche, en el templo, en los viajes, en la cordillera. Como hijo de San Francisco, artista y místico, se elevaba con facilidad a Dios, lo veían en las cosas de la naturaleza, en los ríos, en los árboles, en las flores, en las personas.

Monseñor Valdés siguió al pie de la letra el consejo de Cristo: se negó a sí mismo en el alimento, por sus ayunos; en el sueño, por las escasas horas que destinaba a él. “Lo necesario”, me respondió un día en que yo le hacía bromas sobre ello. Pero sabía bien que era hartos menos de lo necesario. Se negaba a sí mismo por la forma en que dormía; habitualmente en el suelo, con algún tronco por almohada y ...¡pobre el que se atreviera indiscretamente, a investigar éstos que eran secretos para Dios!

Se negó en su apostolado, estando siempre al servicio de los demás. Este podría ser, tal vez, su tercer secreto de amor, cuyo nombre cristiano es caridad; caridad para con Dios por sobre todas las cosas, caridad que nacía en la oración y se robustecía de ella.

Porque tenía un amor gigantesco a Dios se entregaba, sin límites, al prójimo. Sabía estar pronto a los llamados, escuchar con paciencia, resolver con prontitud, dar con generosidad, tal vez por eso guardaba de las personas un recuerdo siempre personal y fresco.

¿Quién podría penetrar certeramente en los grandes ideales de su vida? Algo nos dicen sus obras, sus pastorales.

Tal vez su inmenso amor a la Iglesia lo llevaba en la sangre; le venía de su tío abuelo el arzobispo Crecente Errázuriz Valdivieso, tío de su abuela materna. Le venía de sus tíos monseñor Juan Subercaseaux, arzobispo de La Serena y el padre Pedro Subercaseaux, benedictino por años en Quarr Abbey y más tarde fundador del monasterio de Las Condes.

Ese amor a la Iglesia era el amor, la caridad por Cristo, que es cabeza de la Iglesia y de la cual la Iglesia es su cuerpo místico. Manifestaba su amor en el celo incansable por las almas, en los esfuerzos por dotarla de un clero numeroso y preparado, en el anhelo por promover la vida contemplativa, y en el esfuerzo para que el culto de la Iglesia fuera digno y bello. Amaba la liturgia, amaba el canto gregoriano, como la expresión más alta del sentimiento religioso. Por lo mismo buscaba la belleza en los templos, en los ornamentos de culto y en las obras de pintura y escultura, que enriquecían los templos. Él mismo cultivó el arte, con poco tiempo, pero con amor y acierto.

Tenía un amor por Chile, sin pasiones, sin mezquindades, como Cristo por Jerusalén. Se alegraba de sus adelantos, sufría con sus flaquezas, trabajaba por su porvenir. Conocía su historia y tenía juicios certeros sobre la misma. El deseo de trabajar en el Vicariato de la Araucanía, y el ofrecimiento de su vida son la prueba de su amor adulto, equilibrado, y profundo.

Esos ideales de Iglesia y Patria los realiza en el espíritu de Francisco de Asís. Es difícil expresar la riqueza de este complejo santo, siempre actual en la Iglesia. Ciertamente es más difícil para alguien que no pertenece a su familia religiosa. Hay en él un amor tierno a Cristo – no como una verdad abstracta, sino como una dama con la cual se desposa. En la pobreza encuentra Cristo, amar es amar a Cristo; pero sabe ver a Dios en todas las cosas; en el agua en el fuego, en las aves. Es un místico, y es – por lo mismo – un artista.

Su cuerpo va a descansar en esta catedral que él construyó para que fuera alabanza a Dios. Ya comenzó a serlo. A esta obra material se agrega ahora la alabanza de la vida, cuyo recuerdo será un testimonio del amor de Dios a los hombres y del amor de un gran obispo a Dios.

Aquí puede descansar su cuerpo. Pero él, el padre Valdés del seminario, el Padre Pancho de Pucón, el Obispo de Osorno, y ha escuchado las palabras del Señor: “Ea, siervo bueno y fiel, entra al gozo de tu señor”. Amén